

La caída de Balmaceda

“El Presidente Balmaceda ha sido por fin derrotado, sin que sea posible ponerlo en duda. Los congresistas lo han vencido en una gran batalla campal, la cual les ha dado la posesión de Valparaíso y Santiago, la capital, teniendo él que huir para salvar la vida. Los dos partidos de la guerra civil en Chile han estado combatiendo durante más de una semana, y durante todo este tiempo uno de ellos ha estado mintiendo descaradamente acerca del resultado. ¿Cuál de los dos ha sido el delincuente? Sólo podrá saberse por el resultado. Los acontecimientos confirman, fuera de duda, los telegramas que publicamos hoy. Nos aventuramos a anticipar este resultado en nuestros telegramas del sábado, a pesar de estar en flagrante contradicción con otras noticias de la misma fuente.

Mientras que nosotros preferimos creer que los insurgentes o congresistas habían sido los victoriosos en Valparaíso, les era a otros posible asegurar que habían sido decididamente rechazados y cercados por todas partes, mediante la táctica de un Presidente que mandaba como jefe, el cual no había mandado nunca un escuadrón en el campo de batalla.

La razón que tuvimos para creer lo contrario fue que por primera vez la noticia del triunfo de los congresistas vino mas o menos directamente de Valparaíso. Esto indicaba que habían forzado la entrada. Ninguna noticia favorable para los enemigos de Balmaceda podía creerse de lleno suponiendo al Presidente Balmaceda en posesión de los telégrafos. Esta conjetura se confirma ahora por los telegramas de los cónsules extranjeros a sus gobiernos, y por el despacho del corresponsal del *Herald* de Nueva York, que presenció el encuentro decisivo. Teniendo a la vista esta comunicación y otras posteriores, y por que se sabía de antemano, podremos más o menos, separar lo verdadero de lo falso en los telegramas de los últimos diez días, y juntar la narración de los acontecimientos como sucedieron.

Esta batalla, o serie de batallas, es evidentemente el resultado de la determinación por parte de los congresistas de solucionar la crisis y jugar el todo por el todo. Estaban cansados de gobernar sin resistencia en el norte, mientras tanto el Presidente Balmaceda disponía de los grandes puertos de mar, mas al sur, y de la capital. Además, temieron que, si se demoraban mucho en hacer valer su superioridad en el mar, ésta no pudiera prolongarse. El Presidente había mandado construir buques poderosos en Europa, iban apresuradamente al teatro de los sucesos, y esperaban solamente estar armados para infligir lo que llamarían un golpe abrumador a la insurrección.

Urgidos por estas consideraciones, los congresistas resolvieron dar un golpe atrevido a Valparaíso. En consecuencia desembarcaron la semana antepasada en un lugar un poco al norte de la ciudad y fuertes, y aunque las fuerzas presidenciales puede decirse que fueron sorprendidas, salieron al momento a su encuentro.

El Presidente trató de evitar que pasaran el río Aconcagua, que era el primer obstáculo en el camino que conduce a Valparaíso.

Fue vencido pues pasaron protegidos por los cañones de sus buques; después el mundo ha tenido que esperar noticias de la batalla decisiva.

Durante este intervalo, de parte de los presidenciales fue todo falsedad, y por lo que atañe al mundo en general, fue todo misterio por ambas partes.

Según los telegramas oficiales, los insurgentes eran aniquilados por medio, y el vencedor se ocupaba solamente de deliberar con qué salsa se la comería.

Como un hecho consumado trabajaban quietamente para tomar posesiones y atacar las obras de defensa a retaguardia de Valparaíso.

Maniobraron tan bien, que el viernes último las fuerzas presidenciales, aunque propiamente estaban a la defensiva, fueron obligadas a salir de sus trincheras para batirse. Abandonaron sus trincheras y avanzaron sobre la línea de congresistas, pero fueron recibidos con un fuego devastador que destruyó enteramente su línea de batalla.

En el momento decisivo, el jefe de los congresistas, general dell Canto, dio la orden ¡a la carga! Y con gritos salvajes (a wild yell), la línea de insurgentes dejó sus parapetos y se lanzó encima del enemigo, que estaba ya desmoralizado y que se batía en retirada.

Fueron ayudados por el fuego de su artillería, y en pocos momentos todo terminó.

Valparaíso, y con él Chile, habían sido perdidos y recuperados.

Los insurgentes se apoderaron pronto de la ciudad y de la mayor parte de los buques que seguían la causa del Presidente Balmaceda.

El Presidente había tomado la fuga, habiendo seguido su ejemplo a los principales agentes de su gobierno, y su creatura, señor Vicuña, <<el Presidente electo>>, se había refugiado a bordo de un buque de guerra alemán. Las tripulaciones de otros buques de guerra desembarcaron para mantener el orden, y el pueblo arrojó flores en el camino por donde debían pasar las tropas victoriosas. Santiago se rindió tan pronto como estuvo en posesión de las noticias; de manera que ahora un partido no tiene ejército, y el otro no tiene enemigos. El triunfo ha sido debido a la buena dirección de las fuerzas congresistas, a haber peleado bien, y al fusil Mannlicher. El fusil Mannlicher es el más nuevo entre las armas modernas, y hace fuego con la pólvora sin humo, que ha introducido una revolución tan grande en el arte de la guerra.

La ausencia de humo entre ellos y su enemigo, permitía a los insurgentes hacer seguras punterías. La fuerza penetradora del pequeño proyectil en forma de dardo disparado por este fusil, ha producido efectos muy mortíferos. En muchos casos las balas atravesaron los soldados de las primeras filas para continuar su obra mortífera en los soldados de la retaguardia. La guerra civil chilena ha servido, pues, por segunda vez, para ilustrar prácticamente respecto al uso de las armas más modernas. Blindados congresistas y torpederos balmacedistas han ido al fondo para ilustrar a los peritos en el arte de la guerra naval respecto a la importancia de sus últimas teorías sobre ataque y defensa. Finalmente, el ejército balmacedista ha sido aniquilado para demostrarles que la pólvora sin humos es tal como se la imaginaban. Por su efecto moral, es talvez algo más. El *Itata* fue entregado al gobierno de los Estados Unidos, pero su excursión correspondió al objeto. En tanto que los congresistas entretenían a sus enemigos y al mundo con la comedia de su escapada y persecución, trabajaban sigilosamente para trasbordar el cargamento de armas que les venía de Europa, el cual ha decidido el éxito de la guerra.

Es de esperar que este triunfo tan completo haga magnánimos a los congresistas. A juzgar por las condiciones que han ofrecido a sus enemigos para que se rindan, es probable que sólo los agentes inmediatos de Balmaceda sientan el peso de su venganza. El presidente hará bien de esquivarle el cuerpo por todo el tiempo que pueda. Ha sido implacable en la prosecución de la lucha, y ha hecho matar por centenares a sangre fría. Las simpatías del mundo entero, que de algo han valido a favor de los victoriosos, se enfriarían en vista de crueles represalias. Es una lástima que el capitán de una buque inglesa, al consentir transportar plata fuera del país para el presidente Balmaceda, pueda haber hecho dudar por un momento a los congresistas de las buenas intenciones de este país para con ellos. Ha sido un acto de intervención en su tendencia, aunque legal en sí mismo. El resultado de la lucha será recibido con general aplauso, si no fuera solamente porque pone término a una guerra sanguinaria y devastadora.

Pero esto no es todo. A pesar de que la naturaleza de este desgraciado antagonismo era al principio oscuro, hace algún tiempo que sus principios han sido perfectamente comprendidos. El señor Balmaceda fue elegido presidente de Chile, y casi tan pronto como fue elegido comenzó a disputar con su Congreso. Su excusa era que el Congreso había comenzado a luchar con él, y que él procuraba salvar el país y la República de un grupo de facciones peligrosas. Con esta confesión y sin entrar en detalles pequeños sobre la disputa, él se condena por sí mismo. No es incumbencia de los presidentes salvar repúblicas que están contra ellos, especialmente cuando el voto popular es emitido por medio de asambleas elegidas legalmente.

La esencia de la idea republicana o democrática, que hoy día significa la misma cosa, es que se deje que los pueblos aprendan a ser cuerdos con sus mismos errores. Si el Congreso chileno ha sido faccioso, como ha alegado el Presidente, era su obligación precisa respetar la voluntad de la mayoría, y dejar al país que juzgara el resultado.

Con su respeto escrupuloso por la ley habría atraído a sus conciudadanos, y a la larga ellos no habrían dejado de darle todo su apoyo constitucional que le hubiera permitido gobernar para su bien. Esto es precisamente lo que sucedió en Francia cuando la reacción violenta en contra de M. Julio Ferry y sus imitadores, que durante algún tiempo casi condujeron al gobierno de Francia a su ruina.

Ministerios tras ministerios subieron y cayeron, pero el presidente Grévy, para honra suya, se mantuvo firme. Aceptó toda combinación que pareciera recomendarse, aunque ligeramente a la opinión parlamentaria, y finalmente con su paciencia y con las muchas oportunidades que les dejaba para que se hicieran ridículos a los ojos del país, aburrió a los distintos bandos.

Su predecesor, el mariscal Mac-Mahon, con mucho menos provocación, consideró su deber seguir una conducta contraria. Sabemos el resultado. Si hubiera perseverado en su intento de salvar la república contra los republicanos, habría anticipado sin duda, en su propia persona, la

caída del señor Balmaceda. Sus conciudadanos no habían olvidado que, cuando confiaron a Luis Napoleón una empresa igual, salvó solamente la república en su propio provecho personal.”